

Nueve poemas

OVIDIO EN EL TERCER REICH

Amo a mis hijos y a mis obras. Dios
es distante, difícil. Estas cosas suceden.
Cerca de los antiguos bebederos de sangre,
la inocencia no es un arma de este mundo.

Algo he aprendido: a no menospreciar
tanto a los condenados. Ellos, en su otra esfera,
armonizan extrañamente con el amor
divino. Yo, en la mía, me sumo al coro amante.

TUVE ESPERANZA CUANDO LA VIOLENCIA HUBO CESADO

La luz del alba hiela en las cercas de espinos.
Algunos guardias tosen: «raus!» «raus!» Somos
un temblor, una mueca, un cuerpo
que fluye y se evapora hacia su ultraje último.
Cuanto van a tomar de mí no es mío.

CANCIÓN DE SEPTIEMBRE

nacido 19-6-32 - deportado 24-9-42

Indeseable
tal vez lo fueras, intocable
no lo fuiste. Ni despreciado
o pasado por alto en la hora precisa.

124

Como estaba previsto, falleciste. Los hechos
se encadenaron, tercios, a tal fin.
Bastó un tanto de cuero y Zyklon y terror
patentado. Bastó
la rutina del grito.

(He escrito una elegía
para mí, es cierto)

Septiembre palpita en el parral. Las rosas
se desprenden, lentas, del muro. El humo
de inocuas hogueras ciega mis ojos.

Esto basta.
Esto ya es más que suficiente.

LOS HOMBRES SON UNA PARODIA DE LOS ÁNGELES

i.m. Tommaso Campanella, sacerdote y poeta

Ciertas jornadas, una sombra
a través de los altos tragaluces
comparte mi prisión. Contemplo a una babosa
ascender por el flanco destellante
de su propia baba. Los gritos,
al dejar mi boca, son míos; luego,
de Dios: de Dios la herida y el amor, la justicia,
la desdeñosa luz, el pan, tanto desecho.

Yacer aquí, sí, en mi extraña
carne, mientras un saturado
tormento reposa, manchado
de su pronto alimento, es una dicha
ajena por entero a los trabajos
del mundo, aún por un tiempo.
Pero se nos conmina a incorporarnos
cuando, en silencio,
quisiera componer mi voz.

PLEGARIA SOLAR

i.m. Miguel Hernández

i

Oscuridad
sobre todas las cosas
el sol
surge
resucita

ii

Los buitres
saludan a su carne
al mediodía
(el infierno
guarda silencio)

iii

Ciego sol
que nos saqueas
ven
bendícenos
que podamos dormir.

CUATRO POEMAS DE «EL CANCIONERO
DE SEBASTIÁN ARRURRUZ»

Sebastián Arrurrúz: 1868-1922

Diez años sin ti. Eso es todo.
Los días establecen su sólido progreso,
su amable rutina que a nadie atrae.

Igual que un erudito terco y disciplinado
recompongo fragmentos, desecho conjeturas
y trazo, al fin, la limpia secuencia del dolor.

Tal es mi dignidad: hallar valor
en un oficio humilde, en aquello que ordena:
las ya perdidas sílabas de la decisión y el adiós.

*

Lo que otros hombres hacen con sus otras mujeres
no me parece orgía o sacramento,
ni siquiera un idioma de extranjero candor,

sino mero intercambio o azarosa distancia
donde tal vez tú puedas surgir, decir mi nombre
como yo digo el tuyo, cuando pido a los dioses

misceláneos del sueño que me otorguen
cuanto desearía: un paisaje ajeno,
el sueño donde siempre acabo hallándote.

*

Oh, amor, amor mío,
todo lo dará el tiempo. Una tormenta
cuelga de sol a sol sobre la tierra seca.
De noche, las persianas laten bajo la lluvia.

Metáfora certera: la casa es un refugio.
Tú estás fuera, perdida. Lejana. Me sorprende
devorando poemas de extranjera pasión
y aún más ajeno exilio. Sus exactas palabras

nutren mi hambre intacta de ti.

POSTURAS

Imagino, de igual modo que en el recuerdo
nos imagino cada vez más estilizados,
retratados con más amoroso detalle,
que yo no soy yo sino alguien
que pude haber sido: asexuado,
indulgente en mis juicios sobre arte,
disfrutando, digamos,
de las ensayadas posturas
de *San Antonio* o *San Jerónimo*,
apacibles sueños hermafroditas
sobre los que el exceso de memoria
prosigue su propia abstinencia.

Nota del traductor

Miembro de la generación inglesa del cincuenta, Geoffrey Hill (Bromsgrove, 1932) es autor de una obra en extremo escueta y cuidada que se compone hasta la fecha de seis poemarios: *For the Unfallen* (1959), *King Log* (1968), *Mercian Hymns* (1971), *Tenebrae* (1978), *The Mystery of the Charity of Charles Péguy* (1983) y *Canaan* (1997). En 1978, el National Theatre puso en escena su versión de *Brand*, de Ibsen, y en 1985, Penguin reunió su poesía en el volumen *Collected Poems*. Tras estudiar en Oxford, trabajó durante más de veinte años como profesor de literatura inglesa en la Universidad de Leeds, hasta que en 1981 se mudó a Cambridge y más recientemente a Estados Unidos. En 1984, reunió sus ensayos críticos bajo el título de *The Lords of Limit* (Los señores del límite).

Las dos notas que dominan cualquier descripción de la obra de Hill son su gran maestría formal y su tono a un tiempo elegíaco y severo. Escritor de obra breve y de pocas palabras (sus poemas no suelen pasar de media página), Hill se ha ganado una reputación de poeta difícil, dueño de un lenguaje alusivo y riguroso, cercano al de cierto Valente, con la diferencia de que el inglés, más tradicional, es un practicante asiduo del soneto y las formas estróficas más elaboradas. Sus poemas, como sugiere esta breve selección, suelen imaginar o dar voz a personajes históricos definidos por su capacidad de sufrimiento. Esta obsesión por la historia reciente se traduce en una serie de poemas referidos a la persecución y matanza de los judíos durante la II Guerra Mundial; de ahí su interés por la figura y obra de Paul Celan, y sus referencias a escritores como Robert Desnos, muerto en el campo de concentración de Terezin. El resultado es una poesía dramática y solemne, teñida de pesimismo y humor amargo.

La visión del mundo de Hill pudiera tildarse, en fin, de barroca, y no en vano el poeta incluyó en *Tenebrae* (1978) un buen número de versiones de poesía española del Siglo de Oro. Sus poemas son un campo de batalla de contrarios, donde el placer de la dicción y el sufrimiento de lo dicho libran un combate de final incierto y siempre postergado. El lenguaje intrincado de los poemas nos sugiere un escritor pudoroso, tentado por un silencio al que sólo con esfuerzo arranca de tanto en tanto una palabra.

Los poemas que componen este trabajo pertenecen a su segundo libro, *King Log*. He incluido algunas piezas que muestran el interés de Hill por nuestra literatura, como el dedicado a Miguel Hernández, tal vez no uno de sus mejores, y los cuatro extraídos del cancionero apócrifo de un noventa-yochista aquejado de penas de amor, Sebastián Arrurrúz.

Versión y nota de Jordi Doce



Pareja, 1975